

# EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 23 Septiembre 1915.

Número 38.

## Lo que no dijo Jesús

«Como te he perdonado, Magdalena,  
tengo ya perfectísimo derecho  
á echarte en cara todo cuanto has hecho.  
¡Buena pécora has sido, pero buena!

De ceca en meca, de banquete en cena,  
hoy en un lecho, ayer en otro lecho,  
hermanando el placer con el provecho,  
escandalosa, cínica y obscena,

fuiste toda tu vida una hembra mala.  
¡Aunque te he perdonado, te abomino!»  
Pues si habla así Jesús, la de Magdala  
le hubiera contestado: «No adivino  
por qué, para mandarme enhoramala,  
no me dejaste ir por mi camino».

José Nakens

### DOS CARTAS

Del M.ltre. Doctor Aguilar á Pey Ordeix

#### Sobre el perdón del Sr. Nakens

Al Sr. Pey Ordeix

Por deber de cortesía á usted y consideración á los lectores del periódico, á la vez que gratitud por los inmerecidos elogios que su bondad me dispensa, estoy obligado á responder al amable requerimiento que usted me hace en su importante artículo, sintiendo sólo que mis muchas ocupaciones no me dejen tiempo propicio para la atención reflexiva que los notables trabajos de usted se merecen. Sirvan únicamente estas breves líneas de signo de mi buena voluntad en aras de un grato deber.

Comprendo perfectamente que á la delicadeza de espíritu, propia de los hombres de estudio como usted, y á su entrañable afecto al Sr. Nakens, haya herido con dolorosa impresión

el artículo á que usted se refiere de uno de los periódicos de esta corte llamados católicos, y que por ese nexo íntimo entre las ideas y los sentimientos su pluma se haya movido algo acalorada al formular su ilustrado juicio.

El artículo del periódico aludido no se debe en modo alguno, como usted en hipótesis insinúa, á la Liga de Defensa del Clero; ésta acordó el perdón del Sr. Nakens, teniendo en cuenta principalmente su avanzada edad y estado de salud, dignos de misericordiosa consideración; y su acto de clemencia con tanta generosidad y sin condición alguna concedido, no iba á ser en cierto modo contradicho por la misma Institución que lo dispensaba.

No. Tal artículo responde á una opinión particular de dicho periódico, cuya propia autonomía para ello no puede negarse, de análoga manera á otros artículos que han aparecido en algunos periódicos de la izquierda dirigiéndonos acres censuras al comentar ese acto.

Esta es, respetable amigo, como usted sabe mejor que yo, la eterna lucha y contraste de las humanas opiniones. Colocados los hombres en distintos planos del espíritu, cada uno vemos las cosas á nuestro modo creyendo firmemente que estamos en lo cierto, cuando sólo estamos en lo cierto de nuestra propia orientación; que la realidad es muy vasta y muy honda para que la podamos abarcar y penetrarla con el radio limitadísimo de nuestra mirada.

Verdad es que en el caso presente y respecto á lo que nos ocupa no se trata de una cuestión teórica de ideas, sino de procedimientos de conducta, donde la órbita es más restringida y el corazón humano suele tener golpes de intuición para todo lo noble y lo bueno.

Mas en esa órbita tropezamos con algo que es antihumano, pero que es una triste realidad en la historia y en la vida. Los hombres estamos divididos en bandos, agravados aún más en el terreno religioso por lo mismo que afecta vivamente á los sentimientos. Y de aquí sucede que haya ciertas zonas de beligerancia de espíritu en guerra la más cruel é inhumana y todo lo que sea hablar de paz y de amor entre los desgraciados contendientes que en esas zonas se mueven impulsados por fatalidades históricas, es algo que choca, que no cabe en esa atmósfera envenenada por los odios encontrados.

Esta es la historia humana, que usted, espíritu culto y reflexivo, tan bien conoce. Las generaciones avanzan siempre, aunque sea de inconsciente manera en alas de la redención de Jesucristo hacia el ideal divino de la fraternidad universal entre los hombres... Mas, ¿cuántos y cuántos siglos pasarán para que el espíritu humano se depure de tantos y tan antinaturales odios?

Trabajar porque los hombres, á pesar de las inevitables divergencias de las ideas, porque es imposible la mirada mental única, estemos unidos en el corazón, que es el verdadero demócrata de la vida; he ahí el gran deber humano que á todos estrechamente nos obliga.

Perdone con su natural indulgencia estas mal coordinadas líneas y sencillas reflexiones suscitadas por su notable artículo.

JUAN AGUILAR JIMÉNEZ



## Al Doctor Don Juan Aguilar

Usted mismo, estimable amigo, me impone el cargo de recibir su delicada visita espiritual á esta redacción en nombre propio y en el de sus lectores.

Si en su carta ha sabido usted, con magnífica maestría, mantener la grave severidad de sus títulos prelaciales sin ofender con ellos la susceptibilidad de nuestros domésticos que no les rinden vasallaje, de igual modo desearía yo sostener la fiereza de los sentimientos radicales, al lado de la sincera y leal veneración hacia su persona y sus méritos, entre los cuales desde ahora debe contarse este precedente de su carta á EL MOTIN, primero en los anales de la prensa española, cuya significación no debe pasar inadvertida y cuya orientación sólo una gran voluntad y un no menor entendimiento de ambas partes pueden hacer próspera y fecunda.

Dejando aparte los incidentes que han dado ocasión á este sorprendente espectáculo, rectificado mi juicio en lo que á las relaciones entre la Liga de Defensa del Clero y á EL Universo concierne, y corroborado sobreabundantemente por la propia carta, el juicio que hice de sus virtudes personales, á quienes desde ahora hay que añadir la nota de bizarria espiritual por el fondo y el exquisito arte de su forma; esto aparte, cúpleme registrar y anotar, con la importancia que usted les atribuye, las ideas fundamentales de su *plano de la guerra filosófico-religiosa* en España.

Indudablemente entre los bandos que se hallan en las laderas de la cuesta, *siempre ascendente*, de la lucha por la verdad, apenas caben más relaciones que las de los ejércitos de trinchera.

Por su parte, dice usted, el esfuerzo tiende á «un ideal divino» «en alas de la redención de Jesucristo»: el ideal ese, dice usted, es «la fraternidad universal», y su gran inspirador es el corazón, «verdadero demócrata de la vida».

Por esta otra parte, yo puedo afirmarle ser la fraternidad universal el ideal apetecido, y el corazón el maestro más autorizado. Un mismo sol alumbra los dos campos; un mismo norte atrae los dos ejércitos; ¿á qué la lucha?

—De la fatalidad histórica—dice usted sabiamente. Mas al lado de esta negra fatalidad de atrás, señala usted con clarividencia la bella fatalidad de delante: «el avance general y directo hacia el ideal común» que corona la cumbre de las vertientes.

Entre ambas fatalidades hállase, así sea débilmente constituida y deficientemente armada, la *libertad de los combatientes*. Todos sus errores

y vicios no empecerán el avance ascensional; pero ¡ay! cuánto pueden dificultarlo y retardarlo, y de cuántas lágrimas, sudores y sangre pueden llenar los caminos! ¡Cuántos que militan en esos bandos, hacen de la gran bandera de la fraternidad progresiva, banderín de bandolerismo!

¿Cómo se pondrán en armonía entre sí, estos instintos contrarios, nacidos de la fatalidad de atrás, y desdichadamente cultivados en sus tendencias aviesas por quienes debieran corregirlos?

¿Será esa la cizaña en cuya evitación su Maestro sólo hallaba como medio el exterminio?...

Sin duda, el corazón es el gran demócrata: pero, ¿no hay corazones perversos por su natural, y ojos malignos y malignantes, y sobre todo, bandas de deformadores, que al bueno pervierten y al perverso hacen irredimible? Y estos, venerable amigo, ¿no están excluidos de la fraternidad universal por el Iris aquel que suele brillar sobre la gruta de Belén: «paz en la tierra á los hombres de buena voluntad... ¡Ah, si todos los que deben y pueden se poseyeran del deber que usted dice!...

Mil gracias, Sr. Aguilar, por su atención.

Que esta entrevista al aire libre no le haya sido molesta ni pesada, desea su affmo. y pesonal admirador

S. PEY ORDEIX

En el número 40 (año V) del periódico *Unión y Caridad*, órgano de la Liga Nacional de Defensa del Clero, viene este artículo:

### CONDENA CONTRA "EL MOTIN"

#### EL PERDÓN DE NAKENS

Seguida causa contra D. José Nakens, director de EL MOTIN, por la inserción de un artículo de *España Nueva* injurioso para el señor cura de Yepes, fué aquél condenado, como saben nuestros lectores, á cuatro años de destierro, multa de quinientas pesetas y pago de las costas.

Pedido por el Sr. Castrovido, director de *El País*, y el Sr. Menéndez Pallarés, abogado del Sr. Nakens, el perdón de éste en razón á su menor responsabilidad por no haber publicado por su cuenta el artículo injurioso, y la suma gravedad de la pena, cuatro años de destierro, dada la avanzada edad de dicho señor que excede de los setenta años y el grave padecimiento de cataratas que actualmente sufre, pareció el caso digno de misericordiosa consideración.

Los Estatutos de la Liga prohíben á los socios de ella conceder tal perdón para evitarles compromisos en materia tan odiosa y por el alcance colectivo que suelen tener generalmente las ofensas. Mas dicha prohibición no reza con la Asociación en sí que puede en determinados casos acordar tal acto, supuesta la conformidad del ofendido, pues hay á veces circunstancias en que la misericordia es más eficaz que la Justicia para los altísimos fines de la Liga.

Así lo estimó la Junta central respecto al caso presente después de maduro examen del pro y el contra de tal resolución, y obtenida la *aquiescencia del señor cura de Yepes* que accedió á ello, con la mayor nobleza de espíritu, se otorgó el perdón solicitado, demandándose la rectificación del artículo *ofensivo*, lo que se verificó con muy buena voluntad en distintos periódicos á requerimiento caballero de los señores que habían mediado en el asunto.

El Sr. Nakens publicó además en EL MOTIN la sentencia condenatoria del Supremo, en que por modo notable se reivindican los justos prestigios del Sr. don Angel Ayllón, párroco de Yepes, y escribió á la vez, cual corresponde á persona bien nacida, corteses cartas de gratitud á aquél y al presidente de la Liga.

El acto de magnanimidad de la Liga ha producido un movimiento de simpatía y emoción en los elementos avanzados, pues sabido es que el infortunado director de EL MOTIN es la personificación más encarnizada y persistente de la hostilidad contra la Religión y la Iglesia.

Para el Sr. Nakens ese perdón sin condición alguna concedido, debe llevar á su ánimo, por el mismo temple sectario del mismo, la mayor de todas las condiciones: la justa correspondencia de la caballerosidad.

No han faltado, sin embargo, en los campos de la izquierda como en los de la derecha, voces agresivas para quienes ese acto tan noble ha servido para zaherirnos á nosotros los unos y fustigar al Sr. Nakens los otros. Nos duele, mas no nos extraña: el mundo humano hállase ha luegos siglos constituido en estrategia de combate y de odio, y la paz y el amor encuentran siempre violentas repulsiones.

La Liga de Defensa del Clero no es una institución de lucha y de venganza, sino de compañerismo y de defensa para la justa vindicación del honor dentro de los más severos moldes legales. Por eso no acudimos á los Tribunales contra la pública censura, aunque sea despiadada é injusta, sino contra la injuria y la calumnia que envilece, ni tampoco contra la discusión y el ataque á los dogmas, sino contra la bafa y el escarnio de los mismos, verdadero padrón de incultura y de ignominia; y nuestros procedimientos de paz y de amor son fuerza justificadora de la dolorosa necesidad de emplear medios severos, cuando á pesar de los anteriores, se nos ataque con villanía.

Nosotros sobre la bandera de la justicia debemos ver siempre grabadas las sublimes palabras de Nuestro Señor: *amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian*.

¿Cuándo perdona el diablo!...

#### Al señor Párroco de Yepes

Había principiado esta misiva reprochándole á usted la tardanza y aun la fuerza que se hubo de hacer para moverle á conceder un perdón (que entre gentiles y caballeros, se otorga sobre el terreno al terminar el duelo, como cosa natural y corriente), cuando leo en *Unión y Caridad*, órgano de usted y consocios,



algo que parece ser explicación de su tardanza.

«Los Estatutos de la Liga—dice—prohíben á los socios de ella conceder el perdón de las penas impuestas por los tribunales á sus injuriadores.»

¡Ah... ya!—me dije.—Según esto, el cura de Yepes no ordenó notificar el perdón con la sentencia, por tenerlo prohibido. ¡Caray con la prohibición esa! ¿De dónde ha salido?

Ya sabemos por qué el párroco de Yepes no dió espontáneamente el perdón á Nakens. ¡Lo tenía prohibido... «para evitarse el compromiso en materia tan odiosa» como el perdonar!... Estos ministros de Cristo de nuestro tiempo, pueden ejercer el «amable» derecho personal de perseguir el agravio; pero están incapacitados para «*¡el odioso!*», oficio de perdonarlo... He aquí unas semipersonas que tienen el sui-juris casi invertido.

Y he aquí un señor cura de Yepes (pongamos por caso) que tiene recibido del Espíritu Santo el poder de perdonar los crímenes é injurias contra el Padre, el Verbo y toda la Corte celestial; que tiene por la Bula de la Cruzada facultades papales para absolver delitos atroces, pecados nefandos y actos horrendos contra el prójimo y aun contra el rey; ¡sólo sus propias ofensas no puede perdonar!... Renunció ese deber—digo, ese derecho—por evitarse compromisos!... Y en esto abro el Evangelio y leo: «Si tu ojo te sirve de obstáculo para cumplir el deber, arráncalo y tíralo...» «Si tu amigo te sirve de compromiso...» *Et reliqua*.

En fin, señor cura. Yo preguntaba días atrás si usted había servido á Nakens ó se había servido á sí mismo. Ignoraba eso de su incapacidad de usted para el perdón. Ahora que lo sé, digo que usted, el mayor ofendido, es el menor autor del perdón, como Nakens, el perseguido y condenado, es el menor responsable de la injuria. «La Asociación es la que puede acordarlo... y así lo estimó la Junta Central después de maduro examen del pro y del contra...» ¿Qué parte tomó el cura de Yepes? Su órgano lo dice: «Dió á la Asociación su aquiescencia... accedió á ello...»

¿Precio del perdón? El *Boletín* lo dice:

1.º Petición del Sr. Castrovido, director de *El País* y diputado de la nación, de consuno con Menéndez Párrés, hombre público que lleva en sus apellidos los mejores títulos, los cuales ambos en conjunto y por separado pueden cobrar muchas cuentas al clero allá donde la Liga tuerce de camino y pasa de largo.

2.º La publicación y jaleo de la sentencia en muchos periódicos.

3.º La apología y celebridad del perdón.

4.º Cuatro años de proceso, de

autos, de idas y venidas y demás horrores de la justicia nacional.

5.º Comparecer el acusado en juicio público á oír, mudo y silencioso, todo cuanto se le antojó decir á un abogado á quien Dios bendiga...

¡Caray, menudo negocio el hecho con Nakens... Y como si no fuese bastante, *El Universo* hace del Perdón un *sambenito* igual en todo á los perdonados del Santo Oficio, con más cruces que la chaqueta de *Garibaldi*.

Mas, voy temiendo incurrir en las iras de la terrible Defensa si me atrevo á afirmar como verdad inconcusa el deber cristiano del perdón y la apostasía notoria del Evangelio de quien, para evitar compromisos con los hombres, renuncia los compromisos con Cristo y con su ministerio; pues voy viendo que la religión oficial del Estado es la del clero y no la de Cristo; que el clero y no el Evangelio son los intérpretes oficiales; y que el que de ello hiciera befa y escarnio por considerarlo escarnio para Cristo, iría de cabeza á la cárcel.

Retiro, pues, todo lo dicho y tacho todo lo escrito, y dejo eso del *Perdón del cura de Yepes á Nakens*, como un caso patológico de esta España de los absurdos, y voy á la sentencia y á las injurias.

De éstas digo, señor cura, que si Nakens hubiese de devolver diente por diente y agravio por agravio, en mil años no respondería á la mitad de las injurias recibidas del clero. Si hubiese llevado á los Tribunales á los oradores y escritores clericales que le ofendieron, no bastaran los Juzgados para dar abasto, ni quedara cura en su parroquia. ¡Y cómo recibe él las injurias, así sean episcopales ó pontificias! Si viese usted qué sonrisa más pillina y qué alegría más endiablada!... Faltárale poner de corona el fácil y cómodo remate: «¡Todo sea por Dios!» para ver en su rostro la genial llama del santo.

Aun quizás usted en sus sermones haya atacado á Nakens, á la mala prensa, á los sectarios de Lucifer, etcétera, etc.: términos todos ellos injuriosos, calumniosos y tan arbitrarios y difíciles de probar en sana lógica, como los contrarios títulos honoríficos que ustedes se atribuyen.

Y, ya ven: la mala-prensa no se queja; los «hijos del diablo» no solo perdonan, sino que para evitarse el compromiso de perdonar, no dan por recibido el agravio. ¿Cómo me explica usted este fenómeno, señor cura?

Pues, si en vez de consultarle yo á usted, fuese yo el consultado por usted acerca de lo que debía hacer en el caso de marras, le habría dicho:

—Señor cura: ¿es usted ministro de Cristo? *Serva mandata*. ¿Quiere usted ser ejemplo cristiano para sus fieles en todo, según su oficio demanda, incluso en el llevar los pantalones (cosa mínima) y en lo de sufrir las injurias (cosa máxima)?

Pues... *veni post me*... Ahí tienes el camino por seguir: Cristo. El fué injuriado ¡vaya que no! (claro, que no era cura)... El cúmulo de todas las injurias se cifró en una cruz: y El dijo... «*accipe crucem tuam*, cura de Yepes, *et veni post me*»: carga con tu cruz (no con las ajenas, ni menos con la que llevó Cristo que está ya apolillada por el tiempo y en vez de cruz es coraza): *tu cruz*, cura de Yepes, ó sea las injurias esas de *El Motín*... y ¡a seguir á Cristo!

¿Y á dónde le lleva á usted Cristo? ¿A demandar de injuria ante Pilatos á sus detractores? ¿A apelar al Cesar como ciudadano romano para agredir al detractor? ¿O á la cima del Calvario á ser befa y escarnio de todos los feligreses?

Allí... allí aprenderá usted que «la injuria y la calumnia que envilecen á los ojos del mundo exaltan ante Dios; «que la befa y el escarnio de las doctrinas y de las personas, que el mundo reputa padrón de ignominia, son el crisol y la piedra de toque de la sublimidad cristiana y de la sobremundanalidad de su misión. Allí se aprende á ser ministro de Cristo y espejo de feligreses... ¡Allí!...

Y aún cuidaría de persuadirle á ello con estos ó parecidos argumentos:

Si lo que dicen de ti, hermano en Cristo, es verdadero, pues la sentencia no dice ser falso, ¡cuán agradecido debes estar al buen Dios que con este castigo en la tierra te ahorra tantas penas en la otra vida!... ¿No dice usted eso en el confesonario, á sus penitentes? Y si es falso ¿no ha oído usted de los santos que llamaban colaboradores de su santidad á sus perseguidores y detractores? ¿No amaba así, Cristo, á sus sayones?

Además, ¡menuda venganza que pudo usted tomar contra la mala-prensa, con aquellas injurias, si eran falsedades villanas, según dice *El Universo*...

Con ellas en la mano pudo usted subirse al púlpito de la parroquia, y disparar éste ó parecido sermón:

—Hijos míos: vosotros que sois testigos de que en mi casa no se cena sin haber cenado todos vosotros; que no arde en mi hogar la lumbre mientras hay uno apagado en mi parroquia; que «ni uno de vosotros enferma sin que yo enferme»; ni tengo «más herencia que Cristo», ni más celo que el de su casa; que no tengo celosías en las ventanas ni entornadas las puertas, ni entre sombras ando, sino que obro, hablo, pienso y siento á la luz del día; vosotros testigos de mi vida en la tierra y mis fiscales en el juicio final, oid vosotros lo que de mí dice la prensa impía. ¡Oid! Ahí va el artículo...

¡Cuánta indignación en los fieles al oír tales falsedades! ¡Cuánto desprecio á la mala-prensa! ¡Cuánta gloria para la parroquia de Yepes, y cuánta fuerza convictiva para hacer caer so-



bre esa prensa villana el menosprecio de las almas rectas y veraces!...

¡Ya ois!—podría haber terminado. Si así acierta al hablar de lo presente y tangible ¿qué crédito podrá merecer al hablar de lo lejano é intangible?»

¿No le parece, señor cura, que las injurias y befas lanzadas contra usted hubieran caído entonces sobre el rostro de los que las echaban?

Pues como esto todavía no fuere decisivo para moverle á usted, le buscaría un tomo de Teología Moral del jesuita P. Gury, si mal no recuerdo, en donde enseña que el pecador, en el acto de cometer el pecado, pierde el derecho á la fama, y por tanto *no se le injuria* al divulgarlo: ó bien le buscaría algunos textos de los Padres y Místicos, donde se enseña que el que goza de fama innecesaria y falsa, contraría á la realidad, suponiendo virtudes no atesoradas y virginidades dejadas de ser, ese tal es un  *fingido*, un  *simulador*, un  *impostor*, y un  *hipócrita*.

Más podríamos ir diciendo, señor cura, de este paso cómico-trágico-teológico-místico-clerical-jurídico-periodístico. Mas, alguna vez hay que poner punto final, y ahí va.

Cristo fundó su  *Iglesia* á espaldas de las leyes del Estado, debajo del poder civil, rechazando su auxilio, renegando de su contacto, abominando sus leyes, tachando su justicia, despreciando el rabulismo. Como término, como principio y como columna vertebral, base y corona de su templo, puso una  *piedra* « *incommovible*»: «el amor»—que entonces se llamaba caridad. Todo lo que el cristiano hace con ella, aunque sea malo, es bueno. Todo lo que hace sin ella, aunque sea bueno es malo.

¿La tuvo usted al perdonar? Obró bien.

¿La tuvo usted al perseguir? Obró bien.

¿La tuvo usted al recibir las injurias? Obró bien.

¿La tuvo usted en todos los actos de su vida? Obró bien.

¿No la tuvo usted? Obró mal. Y así obrase milagros, y recabase mil sentencias y arrojara al destierro á mil detractores, é hiciera enmudecer al mundo é impusiese por el terror su voluntad,  *si no tuviese caridad*, todo ello sería música, pamplina y burla del Evangelio. Procese á San Pablo, que lo dijo antes que yo, y que, como yo, no es diputado de la nación ni tuvo donde caerse muerto.

Que Dios me salve del enojo de la Defensa, y el Estado faculte á ustedes para ofender cuanto les plazca á este ruin é indefenso escritor, cabeza de turco de todos los oradores, periodistas y fiscales clericales.

S. PEY ORDEIX

## PARÉNTESIS

A PEY ORDEIX

Querido compañero: acabo de leer en pruebas su artículo al cura de Yepes, y aun exponiéndome á que un clerical de buena sombra (que acaso haya alguno, aunque para mí todos la tienen de  *jiguera negra*) piense al leer lo que voy á decirle, que estamos parodiando con nuestros elogios mútuos aquello

De dos buenos mozos sé,  
por más que la envidia ladre:  
el uno es usté, compadre.

—Compadre, el otro es usté, no resisto á la tentación de felicitarle por haberlo escrito; si bien lamentando que siga empeñado en echar margaritas á clericales. ¡Qué lástima de tiempo el empleado en convencer, ilustrar ó aleccionar á los que llaman santa á la ignorancia! Hasta como obra de misericordia me parece demasiado artículo para esas gentes.

Yo hace muchos años que renuncié á convencerlos, visto que era imposible, y me dediqué á soltarles palos, sin tomarme la molestia de razonarlos. ¡Garrotazo y tente tiese, y mano á los ijares para no reventar de risa al verlos indignarse, amenazar, anatematizar, y oírlos además mugir, gruñir, rebuznar, cada uno en la clave que le señale su instinto en el pentágono de la animalidad humana.

¿Humana he dicho? Estoy por borrar la palabra, no sea que, ofendida, vaya á quejarse á la Academia de lo mal que la he aplicado. Mas no, la dejaré. La impropiedad en el lenguaje no creo que constituya todavía delito de  *injuria*. (Esta palabra es desde hoy para mí, el  *Mane Tecel Fares* bíblico.

¿Que á qué viene esta palabrería? Sencillamente, á decirle á usted que, al leer su artículo, dí por bien empleadas las molestias del proceso, sin las cuales no hubiera usted tenido pretexto para escribirlo.

Y cierro el paréntesis.

¡No es para tanto!...

¡No es para tanto!...

Dije en el número anterior, que todos exajerábamos un poquito en lo de mi perdón; lo mismo los clericales al poner por las nubes la generosidad del Sr. Ayllón, que los liberales al expresar su agradecimiento.

Y voy á demostrar en éste número á  *El Universo* y demás clericales de menor cuantía, que el cura de Yepes, «el menor padre de todos los que armaron este lío»

no ha hecho al perdonarme sino cumplir imperfectamente, muy imperfectamente su deber de cristiano, puesto que ni debió querellarse contra mí, ni consentir que otros lo hicieran, ni

aguardar luego á que le pidieran el perdón; y que en vez de llevarme á los tribunales, debió manifestarse complacido y agradecido de que yo le injuriara, por el pretexto que le di para probar que, no sólo es digno discípulo de Jesús, sino fiel guardador y cumplidor de su doctrina.

Y esto lo digo, no por mortificarle á él, si no por enseñar á los redactores de  *El Universo* y al Censor eclesiástico que da el  *exequatur* á sus escritos, á cumplir con sus deberes de cristianos.

Lean atentos unos y otros lo que sigue; y si no les es absolutamente imposible, por la falta de costumbre, avergüéncense de su ignorancia si no sabían todo eso, ó hundan humildemente su frente en el polvo por haberlo olvidado ó por no practicarlo.

Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar; dice Jesucristo, te acuerdas allí que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda delante del altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano; y después vendrás á presentar tu ofrenda. (Matth., v, 23-24.)

Ponte luego á bien con tu adversario, mientras estás con él todavía en el camino (de esta vida), no sea que tu adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil y seas encarcelado, dice Jesucristo. En verdad te lo declaro, no saldrás del encierro hasta que hayas pagado el último maravedí. (Matth., v, 25-26.)

«Ya sabéis lo que está dicho: Amarás á tu prójimo y tendrás odio á tu enemigo. Pero yo os digo más: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian. (Matth., v, 44.)

Si perdonáis á los hombres las ofensas que cometen contra vosotros, dice Jesucristo, vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados; pero, si no perdonáis las ofensas de los demás, el Padre celestial no perdonará tampoco vuestros pecados. (Matth., vi, 14-15.)

A vosotros que me escucháis digo yo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, bendecid á los que os maldicen y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra. (vi, 27-29.)

Se os medirá con la misma medida con que hayáis medido vosotros á los demás, dice Jesucristo. (Matt., vii, 2.)

Acercándose Pedro á Jesús, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces? Y Jesús le respondió: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete, ó sea cuantas veces te ofendiere. (Matth. xviii, 21-22.)

Desde lo alto de la cruz, Jesús decía: Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen. (Luc., xxiii, 34.)

Amarás, dice también Jesucristo, amará al Señor, tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu inteligencia. Este es el primero y el mayor de los mandamientos. El segundo es semejante



## EL MOTIN



Dignificadora escena de aquellos felices tiempos que pretenden resucitar los clericales.

Ayuntamiento de Madrid



¿a éste: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Estos dos mandamientos encierran toda la Ley y los Profetas. (Matth., XXII, 37-40.)

Tened cuidado, escribe el gran Apóstol á los Tesalonicenses; procurad que nadie vuelva á otro mal por mal, sino tratad de hacer bien unos á otros y á todo el mundo. (I Ep., v, 15.)

Tenemos este mandamiento de Dios, que quien ama á Dios, ame también á su hermano, dice el apóstol San Juan. (I Ep., IV, 21.)

Jesucristo fué azotado y coronado de espinas; tiene las manos y los pies clavados; está puesto en la cruz, lleno de oprobios. Y sin embargo, olvidando todos sus dolores, exclama: Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen. ¡Con qué presteza olvida los ultrajes y los perdona! ¡Oh Señor, cuántas y qué grandes son vuestras misericordias! ¡Qué apartados están vuestros pensamientos de los nuestros! ¡Cuánta piedad os inspira el impío! ¡Cosa admirable! Jesucristo exclama: Perdónalos. Y los judíos: Crucifícale. Oh judíos, teneis corazones empedernidos; herís la Misericordia encarnada, de la que sale el óleo de la caridad. ¡Con qué delicias, oh Señor, embriagáis á vuestros amigos en el Cielo, llegando á derramar el óleo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican y maldicen! (Serm. de Pas. dóm.)

La caridad, dice San Crisóstomo, ignora lo que es oprobio y deshonra, y cubre con sus alas de oro los vicios de cuantos abraza. (In Catena.)

Los judíos, llenos de ciego furor, apedrearon á San Esteban, quien cayó de rodillas exclamando: Señor, no les inculpéis por este pecado. (Act. VII, 58-59.)

Nos maldicen y bendecimos, dice el Apóstol de las gentes; somos perseguidos y lo sufrimos con paciencia; nos ultrajan y correspondemos con oraciones. (I Corint. IV, 12-13.)

San Ambrosio devolvía siempre bien por mal, y no se vengaba de las injurias sino con beneficios. (Ita Augustinus.)

No se puede, decía el anacoreta San Pemón, ahuyentar un mal con otro mal; así, pues cuando alguno se porta mal con nosotros, hacédle bien, para que podáis vencer el mal por medio del bien. (Vit. Patr.)

¡Qué hermosas son las palabras pronunciadas por el mártir San León en el momento en que más padecía! Señor, que no queréis la muerte, sino la conversión de los pecadores, exclamó, hacéd que los autores de mi muerte os conozcan y obtengan el perdón de sus pecados, por los méritos de vuestro único Hijo Jesucristo, nuestro Salvador. Y expiró. (In ejus Vita.)

Las ofensas é injurias son materia para ejercitar la virtud, dice San Gregorio Nazianceno; las adversidades la hacen sobresalir y la embellecen. Ninguno es más fuerte que los que están prontos á sufrirlo todo. (Distich.)

Nada nos hace tan dignos de respeto

como el saber sufrir una injuria, dice San Crisóstomo. (Moral.)

Útil y ventajoso es, dice San Gregorio Nazianceno, encadenar la audacia con la mansedumbre, y hacer mejores á los que nos ofenden, llevando con paciencia lo que nos hacen sufrir. (Distich.)

Cuando alguien os insulta, dice San Crisóstomo, no le echéis la culpa, sino al demonio, que le impele, y hacéd recaer sobre este último toda vuestra ira; en cuanto al desgraciado que sigue el impulso del enemigo, compadecedle. (Homil., ad. Póp.)

Si tengo paciencia en las injurias, dice Tertuliano, no sufriré, y no sufriendo, no desearé vengarme. (De Patient. c., IX.)

Todo el que tiene odio á su hermano es homicida, dice el apóstol San Juan. (I Ep., III, 15.)

El odio al prójimo no puede amalgamarse con el amor á Dios. Si alguno dice que ama á Dios y aborrece á su hermano, añade el mismo apóstol, miente; porque si no ama á su hermano, á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? (I Ep., IV, 20.)

El hombre rencoroso es muy culpable, como dice San Basilio. (Homil.)

Un juicio sin misericordia aguarda al que no usó de misericordia, dice el apóstol Santiago. (II, 13.)

El que quiere vengarse, dice el Eclesiástico, experimentará la venganza del Señor, el cual tendrá presentes los pecados cometidos. (XXVIII, 1.)

Perdona á tu prójimo cuando te ofende, añade el Eclesiástico; y así cuando pidas perdón de tus pecados, te serán perdonados. (Ibid., 2.)

Nadie que tenga enemistades sea bastante audaz para acercarse á Dios y orar, dice San Crisóstomo. (Moral.)

Un hombre, dice el Eclesiástico, conserva su ira contra otro hombre; y ¿pide á Dios su salud? No tiene lástima de otro hombre semejante á él y ¿pide perdón de sus pecados? Siendo él carne miserable, conserva el enojo, y ¿pide á Dios reconciliación? ¿Quién rogará á Dios por los pecados que ha cometido? (XXVIII, 3-5.)

Así como el que tiene caridad, tiene á Dios dentro de sí mismo, así el que tiene odio, tiene al demonio, dice San Basilio. (Homil. in Epist. S. Joann.)

¡Qué, dice San Agustín, tantos hombres, mujeres, niños y nobles y delicadas vírgenes han sufrido con ánimo sereno ser arrojados al fuego y expuestos á las fieras! ¡Y decimos nosotros que no podemos sufrir las injurias de los hombres! ¡No puedo comprender con qué razón, con qué conciencia deseamos participar en compañía de todos los Santos en la bienaventuranza, nosotros que nos negamos á imitar su ejemplo en las cosas más insignificantes! (Serm. LXI, de Temp.)

Queriendo manifestar que no merece una injuria el que se irrita en seguida, prueba que la merece, dice San Ambro-

sio. Así, pues, el que desprecia una injuria es más digno de estimación que el que se queja de ella; porque el que la desprecia prescinde de ella como si no la sintiese, en tanto que el que de ella se queja, da á conocer que ha sido su tormento. (Lib. I Offic. c., XXVI.)

En las injurias y ultrajes el vencedor es más débil y miserable que el vencido, dice San Basilio; pues sale de la lucha más cargado de faltas. (Regul. Brevior. CLXXVI.)

Nadie es más fuerte que el que está resuelto á sufrirlo todo, dice San Gregorio Nazianceno. Pero tampoco nadie es más débil y cobarde que el que nada puede sufrir, ni siquiera una palabra. (Distich.)

Si os irritáis contra el que os injuria, dice San Basilio, probáis que merecéis el ultraje que os ha hecho. ¿Pues qué cosa más insensata que la ira? Pero, si tenéis calma, cubris de vergüenza al que os insulta. (In Regul. brev. CLXXVI.)

Los pensamientos del hombre rencoroso é irritado se parecen á los hijos de la víbora, que roen las entrañas de su misma madre, dice San Jerónimo. (Epist.)

No os venguéis vosotros mismos, carísimos míos, decía el gran Apóstol á los Romanos, sino dejad que se pase la ira, porque está escrito: A mí me pertenece la venganza; yo haré justicia, dice el Señor. (XII, 19). Pero, continúa, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; porque haciéndolo, amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza. (Ibid., 20.)

No triunfa del mal por el bien el que sólo es bueno en apariencia y es malo en el fondo, ó sea el que perdona con la acción ó exteriormente, y se encrudelece en su corazón; ni el que tiene la mano dulce y la voluntad cruel. (Sentent. CCXLVII.)

El que oculta en su corazón el recuerdo de las injurias, dice San Efrén, se parece al que alimenta una serpiente en su seno: se hace más daño á sí mismo que á los demás. (De Tim Dei.)

Hay, dice San Agustín, varias clases de obras de misericordia que, practicadas, nos sirven de poderoso auxilio para obtener el perdón de nuestros pecados; pero no hay ninguna tan grande como el perdonar de todo corazón las ofensas recibidas. (Serm. CCIII de Temp.)

Sufrimos fácilmente las injurias, cuando examinamos en el fondo de nuestra conciencia los pecados cometidos y vemos que las hemos merecido mayores, dice San Gregorio. (Moral, lib. XXXI, c. XVII.)

El eco, dice San Basilio, no repite tan bien un grito al que lo ha dado, como la injuria recae sobre su autor si se recibe con paciencia. (Serm. contra irascent.)

Preguntaban á San Doroteo qué medio era conveniente seguir para sobreponerse á las injurias y no irritarse. Si os despreciáis á vosotros mismos, contestó aquel piadoso cenobita, no experimentéis turbación alguna. (Vit. Patr.)



Si se os injuria, si se os insulta, cerrad la boca, dice San Crisóstomo, pues así cortaréis aquella especie de corriente. Ya véis lo que sucede en un edificio cuando tiene abiertas dos puertas opuestas y se establece una gran corriente de aire. Si se cierra una de las puertas, se quita toda fuerza al viento que antes incomodaba. En el caso presente también se pueden considerar dos puertas: vuestra boca y la del que os insulta. (Homil. II in I ad Thess.)

San Crisóstomo indica nueve grados en el amor a los enemigos: 1.º, no tratar de perjudicarlos; 2.º, no rechazar con injuria la que ellos dirigen; 3.º, no perder la calma; 4.º, no huir de las afrentas; 5.º, aceptar voluntariamente un ultraje mayor que el que se nos ha inferido; 6.º, no aborrecer al que injuria; 7.º, amarle; 8.º, colmarle con gusto de beneficios, y 9.º, rogar á Dios por él. (Homil. XVIII.)

De manera que, según esos preceptos y consejos, todos los que han intervenido en lo de mi procesamiento han faltado escandalosamente á su deber de cristianos. Y ahora, con descaro y cinismo inauditos, andan buscando vanaglorias con lo del perdón, azotando así el rostro de la humildad.

Gracias á que yo soy hombre conocedor de las miserias humanas, y aun de las clericales, mil veces mayores en cantidad y en calidad, y tolerante de suyo (digo, de mío); que si no, sería cosa de echar por alto las extremidades que utilizan para pedescribir los redactores de *El Universo*, y decirle á toda esa tropa:

No desmentis la frase ésta: «el hombre bueno es bueno hasta en sus acciones malas; mientras el malo (suple clerical) es malo hasta en sus acciones buenas.»

No, no la desmentis nunca. Al hacer ahora tarde, mal y á son de trompeta una cosa medio decente, en apariencia al menos, le habéis puesto la firma de Lucas Gómez.

¡Lo que me voy á reir el día del Juicio final, cuando la presentéis como un mérito, á falta de otros!

Mas tranquilizáos. Me reiré disimuladamente para que no lo advierta el Supremo Juez y me pida explicaciones que pudieran perjudicaros.

Yo, como los Evangelistas y los Santos Padres que he citado, devuelvo siempre bien por mal á los que me aborrecen, injurian y calumnian.

¿Cuestión de temperamento ó efectos del desdén? No me he enterado todavía. Lo único que afirmo es que soy así por no tener ni una sola gota de sangre clerical en mis venas.

Gracias á Dios y en buena hora lo diga.

Iba á charlar algo más sobre el menosprecio que habéis hecho del procesarme de los preceptos de Jesús y de los consejos de Apóstoles y Santos Padres, pero me abstengo, por no exponerme á que me repliquéis:

«¿Pero qué tonto es este Nakens?

¿Si creará que nos va á confundir con esos textos, letra muerta para nosotros? Claro que en teoría los ensalzamos y defendemos ¡como que vivimos de eso! ¿Pero practicarlos? ¿Cuándo y dónde lo ha visto? Si el tiempo que ha perdido en entresacar esos textos, lo hubiera aplicado á buscar suscriptores para *El Motín*, más cuenta le habría tenido, aunque sólo se hubiera agenciado uno: ¡Aplicarnos textos á nosotros, que únicamente usamos aquellos que nos sirven para embaucar y explotar á los demás? Lo dicho; Nakens es tonto.

«Todo el mundo, menos él, que se alaba de conocernos, sabe que para contestar á los infelices que creen apabullarnos con textos parecidos, hemos inventado la socorrida frase: una cosa es predicar y otra dar trigo.

«Esto aparte de que, si á textos vamos, en los mismos Evangelios y en los escritos de los Santos Padres hay otros que contradicen los que Nakens nos cita ahora.»

Y comprendiendo que tendrían razón si me dijeran eso, hago mutis por el foro por no oírlos.

## ¡Oh, prosa de la vida!

¿Que por qué, al comenzar la carta que dirigí en el número anterior á Menéndez Pallarés y á Corujo, dije, al parecer sin venir á cuento, que no me cobraban nada por sus servicios?

Por fijar el contraste, digno de ser notado, que ofrecen con los abogados y procuradores de la Liga para la defensa del clero, que cobran honorarios por los servicios que prestan á los ministros de su religión.

¿Que si no sé ó me olvido de aquello «el abad de lo que canta yanta»? No. ¿Ni cómo podría ignorarlo habiéndome ocupado tanto del clero, que cobra hasta los sacramentos que administra? Pero precisamente por saberlo, quiero que corra la noticia de que no me han cobrado nada ni Pallarés ni Corujo, que viven de su trabajo también.

Y llevo, al hablar de esto, otro propósito: el de acabar de convencer á mis lectores de que, mientras más viejo, más fuera de la realidad vivo.

¿Querrán creer que, al oír el 22 de Diciembre al defensor del cura de Yepes en la Audiencia, llegué á pensar que tal vez faltaría yo á la justicia al negar sistemáticamente á los clericales las virtudes de la abnegación, el desinterés y el sacrificio? «Ahí está ese hombre, me decía, que tal vez haya dejado hoy de ocuparse de un asunto que le produce dinero, para venir á defender á un sacerdote. ¿Si estaré equivocado al creer que la condición de clerical hace al hombre incompatible con la práctica de toda acción desinteresada ó generosa?»

Así pensé aquel día, y así he seguido pensando, hasta enterarme ahora de que los abogados y procuradores de esa Liga cobran los servicios profesionales que prestan, y que, por lo tanto, había estado yo completamente fuera de la realidad al pensar lo que pensé aquella tarde.

¡Oh, prosa de la vida, que de tan ruda y despiadada manera deshojas una por una las más lozanas flores de la ilusión; maldita seas!

Ahora has venido á enseñarme que todas esas Ligas y Asociaciones para defender la religión y el clero de los ataques de la impiedad, pueden formarse con el primordial objeto de proteger á algunos de los socios.

Y que las frases religiosas más sublimes y delicadas, se traducen en garbanzos; los anatemas más furibundos contra la impiedad, en tortilla á las finas yerbas; los apóstrofes más tremebundos, en chuletas á la papillot.

¡Felices aquellos que tienen la suerte de morir antes de enterarse de que las Dulcineas huelen á ajos, y que no son incompatibles los elocuentes apóstrofes contra los impíos, con la presentación de *minutas*!

## Fijarse en esto

Como, á pesar de haberme visto tantas veces *empapelado* judicialmente, cada vez entiendo menos de prácticas curialescas, voy á manifestar aquí algo que me chocó al leer la sentencia de mi destierro: que se reprodujese íntegro en ella el artículo por el cual había sido yo condenado.

Estuve á punto de suprimirlo al insertar la sentencia, haciéndome este razonamiento:

«Ya nadie se acuerda de lo que el artículo decía; reproduciéndolo ahora, vuelve á mortificarse ó perjudicarse nuevamente al cura de Yepes.

«Yo copié el artículo sin llevar ninguna de esas dos intenciones. Ahora lo inserto sabiendo que es injurioso. Luego á conciencia contribuyo á hurgar en la herida, renovando la injuria.»

Y por pensar en todo esto, estuve á punto de suprimir el artículo al insertar la sentencia. Antojábaseme que el reproducirlo tenía alguna semejanza con aquello de

A mí me llaman *Penique*, señor alcalde, ¿qué haré?

—Vaya usted con Dios, *Penique*, que yo lo remediaré.

Pero después de hacerme estos razonamientos, decidí cumplir al pie de la letra lo que se me mandaba; insertar íntegra la sentencia, para evitar quizás el verme metido en otro lío, por haberme dejado llevar del buen deseo de ahorrarle al cura de Yepes una molestia nueva.

Y hablo de esto, por si pudiera dentro de la ley evitarse en adelante á los injuriados y calumniados la con-



triedad de ver renovadas las imputaciones falsas, ó no probadas, que se les hicieron.

¿Que los tribunales necesitan, para fundamentar sus fallos, hacer públicas en las sentencias las causas que les obligan á dictarlos? No lo niego; mas creo que en los delitos de *injuria* y *calumnia*, por lo menos, sería misericordioso no reproducir las frases ó conceptos mortificantes para el que por ellos se consideró ofendido. La satisfacción que le produjera el castigo del culpable, no aminoraría seguramente el disgusto de ver que se enteraba nuevamente el público de lo que le dijeron.

¿Que por qué hablo de esto? Por creerlo justo, y por la necia cuanto arraigada manía de preocuparme de lo que no me importa, puesto que yo, ni he llevado ni llevaré á los tribunales á nadie, y, por consiguiente, no he de hallarme nunca en ese caso.

## No hay mal que por bien no venga

Aunque no me hubiera importado un pitoche lo contrario, debo decir, por ser verdad, que ni *El Siglo Futuro*, ni *El Correo Español*, ni *El Debate*, diarios católicos de Madrid, han aprovechado lo del perdón para extremar contra mí los improperios.

Claro que no me he ido de *rositas*; pero, vamos, no se han cebado mucho en mi calumniadora persona. Han querido dejar en esta ocasión toda la gloria á *El Universo*, ó temido quedar derrotados en el pugilato de dicterios por él iniciado.

Y hablo así, cuando debería en justicia estarle muy reconocido. Sin su exabrupto, hubiérame limitado á decir sobre el perdón lo que dije en el primer número, y pare usted de contar; mientras que con él, me ha dado ocasión de lucir las galas de mi ingenio peregrino (¡viva la modestia!) y decir unas cuantas verdades á los fariseos de levita que, cual la lapa á la peña ó la yedra al árbol, se agarran á los muros de los templos para nutrirse.

Y como el escribir de este modo me distrae, me divierte y me hace olvidar que las penas del Infierno me aguardan, mire usted por dónde han venido esas vírgenes fátuas de apagadas lámparas á regocijarme, confirmando á la vez el antiguo adagio de no hay mal que por bien no venga.

Estimando, pues, *mestizos* resucitados; estimando...

## ¡Embusterillos!

Si no fuera por que, como he dicho en el artículo anterior, no he llevado á nadie á los tribunales, ni lo llevaré jamás (¡cheche usted eternidades! ¡un jamás de dos ó tres años á lo sumo! No puedo ocultar que soy

de mi tierra), ahora empapelaría á todos los periódicos clericales que me llaman *calumniador del clero*.

¿*Calumniador* del clero yo? Mienten los que tal dicen, aun cuando yo me haya aplicado irónicamente ese calificativo. Prueba al canto.

Yo no he sido sentenciado por *calumnia*, sino por *injuria*. La calumnia admite pruebas y no habiéndoseme pedido ninguna, mienten, repito, como... como...

Ya di con la palabra que mejor simboliza la mentira

¡Como clericales!

¡Ajaja!

## HOY COMO AYER

No pueden remediarlo. La costumbre de no hacer nada si no les produce algo, caracteriza á los clericales.

Si rezan, es por creer que así ganan el cielo; si dan un trozo de pan, es para que su Dios les dé una hogaza. No hacen el bien por *Deber*; lo hacen por *Haber*.

Con esto del perdón mío pretendían que yo vendiese por ese plato de lentejas lo único que poseo: mi convicción; ó que enmudeciera, por lo menos. Unos me lo han dicho brutalmente; otros me lo han indicado en forma mesurada.

Y contesto á todos:

Seré el mismo que hasta hoy, y continuaré haciendo lo que hasta aquí. Tan firmes como vosotros en explotar las creencias, soy yo en mantener de balde las mías.

He averiguado hace poco que desciendo en línea recta de aquella molinera á quien su marido daba una paliza cada vez que le llamaba *piojoso*. ¿Causas? Allá ellos. Acababa de recibir una y hacía méritos para otra. Y la recibía.

Un día el marido, desesperado, la arrojó al caz del molino; y ¡*piojoso*! continuó oyendo mientras ella pudo hablar.

Y cuando ya el agua la cubrió por completo, sacó los brazos, y uniendo las uñas de los pulgares de ambas manos, le dió á entender que seguía pensando lo mismo.

V descendiendo de mujer tan soberbiamente terca, ¡pretendéis que reniegue de mi estirpe?

No en mis días.

## Tiro por la culata

Mal les ha salido á los clericales el asunto de mi destierro.

Sin tenerlo en perspectiva, yo no me hubiera metido en la pesada tarea de enjaretar los cuatro tomos de *calumnias*.

Pero el deseo, mejor dicho, la necesidad de prepararme para el viaje, me dió fuerzas para terminarlos.

De todos los que he confeccionado estoy satisfecho (los padres solemnes no ver los defectos de nuestros hijos); pero de estos cuatro, lo estoy más que de los anteriores. ¿Por qué? Porque no son argumentos los que aduzco, sino que cito hechos, en su mayoría castigados por los tribunales de justicia. «Tal fraile que enhebró tantos niños». «Tal cura que estupró una ó varias niñas». «Este, que robó». «Aquel, que asesinó...». «Uno, que cometió un parricidio...». «Otro, que perpetró un infanticidio», etcétera, etc.

Se han lucido los clericales, repito. Trataron de hacerme mudar de aires, y yo, agradecido, he desatado sobre ellos esa tromba.

Dios protege la inocencia y ciega á los que quiere perder.

## ¡Perdón!... ¡Perdón!...

Se lo demando humildemente á mis lectores, aceptando de antemano cuantas condiciones quieran imponerme, por la lata soberana que les he dado en este número hablándoles únicamente del **¡Perdón!** que sin condiciones me ha sido otorgado.

Y se lo demando á pesar de creer que no se habrán aburrido mucho leyéndolo.

Son tan tristes casi todos los asuntos que pueden tratar hoy los periódicos, que tienen necesidad, cuando tropiezan con un tema ameno, que alargarlo todo lo posible.

## Libros nuevos

CALUMNIAS AL CLERO  
MÁS CALUMNIAS AL CLERO  
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO  
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO  
Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

Los cuatro tomos se darán por CINCO pesetas.

TIP. «LA ITALICA» VELARDE, 12, MADRID